

Andrés Bello y la conciencia del idioma

Prof. ANDRES GALLARDO BALLACAY
Dept. de Lingüística y Literatura. Facultad
de Humanidades y Arte. Universidad de
Concepción.

Cuando se mira la historia americana desde el punto de vista del desarrollo cultural, se descubre que los años que siguieron a las luchas por la independencia fueron los más difíciles. Para la mayoría de las nuevas naciones, la guerra había sido una urgencia polarizadora de opciones, donde la reflexión serena parecía no tener cabida. Pero en menos de una generación las cosas cambiaron y otros asuntos se presentaron como apremiantes. En la base misma yacía, desafiante, la necesidad de que cada país descubriera o conquistara su identidad como tal. Una identidad nacional es algo más que la delimitación de un ámbito geográfico —después de todo, cada uno de los países del nuevo mundo ha visto ensanchadas o encogidas sus fronteras en más de una ocasión. Se trata, entonces, de definir una forma de vivir en común, de desarrollarse como sociedad, de enfrentarse con otros grupos como grupo, de establecer y cultivar una red comunicativa que permita encontrarse hacia adentro y hacia el exterior; en suma, se trata de buscar una forma de consenso que les dé sentido supraindividual a las acciones de los individuos. Las identidades nacionales europeas se habían formado lentamente como un acopio laborioso de símbolos de cohesión, pero en el caso de las naciones americanas estos símbolos hubo que trabajarlos sobre la marcha, en forma muchas veces ansiosa. Estados Unidos que, como sabemos, inició la serie de identidades nacionales americanas, nos ilustra todo esto. En cuanto los líderes de la independencia vieron cumplido su objetivo primero, se dieron a la tarea de definir lo que sería la nueva nación. Lo único que estaba claro era que todo estaba por hacerse: aparte de un claro compromiso con una vocación de libertad y con la tradición cristiana,

quisieron abrirse a todas las opciones de organización, y de hecho fueron muchas las opciones que discutieron antes de decidirse por la forma de una república federal. Es importante señalar que el pasado inmediato les sirvió, aunque de modo negativo, como marco de referencia en su búsqueda de identidad, en el sentido de que los llevó a buscar una identidad que fuera la opuesta de la Gran Bretaña, el antiguo poder colonial, como quien dice. Así, si Inglaterra era una monarquía, los Estados Unidos serían una república; si Inglaterra tenía una religión oficial, en los Estados Unidos habría total separación entre la Iglesia y el Estado; si Inglaterra era regida por una nobleza hereditaria, los Estados Unidos serían regidos por una asamblea elegida de propietarios privados. Pero entre las instituciones heredadas de Inglaterra hubo una que pareció quedar en la sombra pero visible, que no se tocaba pero que estaba siempre a mano, y que, quizás, no convenía menear: la lengua inglesa, la lengua de Inglaterra, la lengua que era, sin embargo, la única lengua en la cual George Washington, George Adams o Thomas Jefferson podían discutir la identidad de su nueva patria. Noah Webster (1758-1843), cuyo nombre sobrevive hoy en unos diccionarios famosos, fue el encargado de hacer ver a sus compatriotas la necesidad de plantearse el asunto de la identidad lingüística como parte importante de la identidad nacional. Noah Webster carecía de la gracia necesaria para ser aceptado como líder, pero tenía una tenacidad inquebrantable, y ya en 1783, cuando tenía apenas 25 años, increpaba la atención de sus compatriotas tratando de convencerlos de que "América debe ser tan independiente en letras como lo es en política, tan famosa por las armas como por las letras" (*Letters of N. W.*, p. 4), pues "tengo demasiado orgullo como para no querer ver a América asumir un carácter nacional, tengo demasiado orgullo como para deberle a Gran Bretaña los libros donde nuestros propios hijos aprendan las letras del alfabeto" (id., p. 31). Noah Webster entendía que era imposible dejar de hablar inglés, pero dedicó su vida a pulir una estrategia cultural que le permitiera legitimar como genuinamente norteamericana una versión nueva de la lengua común. Y al igual que sus contemporáneos políticos, al principio sólo fue capaz de hallar identificación en el rechazo violento de los modelos ofrecidos por el pasado colonial:

Como nación independiente, nuestro honor requiere que tengamos nuestro propio sistema tanto en la lengua como de gobierno. Gran Bretaña, cuyos hijos somos y cuya lengua hablamos, no debe seguir siendo nuestra norma; pues el gusto de sus escritores ya está corrompido y su lengua en decadencia. Pero aun si así no fuera, está demasiado

distante como para ser nuestro modelo e instruirnos en los principios de nuestro propio idioma.

(*Dissertation on the English Language*, pp. 20-21).

A medida que Noah Webster fue madurando intelectualmente, fue también moderando su actitud furibunda ante lo británico y asumiendo una apropiación más positiva y sin duda más creadora de su propio idioma que alguna vez le pareciera casi ajeno. Hoy se puede afirmar que Noah Webster fue quien dio forma por vez primera a un hecho que iba a ser característico de la fisonomía cultural y específicamente lingüística del mundo contemporáneo: el proceso mediante el cual la lengua de una comunidad hablante se convierte en la expresión arraigada de la legitimidad histórica y en el instrumento de comunicación primordial de otra comunidad hablante. Noah Webster simboliza el asentamiento sólido del inglés norteamericano como una versión válida de una entidad más amplia, el idioma inglés, del cual hoy el llamado “inglés británico” no es sino otra versión igualmente válida. Webster consiguió su propósito en una larga vida de trabajos, publicando libros, editando diarios, recorriendo su país, literalmente machacando sus ideas, que alcanzaron su forma más auténtica en el notable *American Dictionary of the English Language* (1828), 70.000 artículos recogidos y redactados de su puño y letra. En esta obra, Noah Webster ofreció a sus contemporáneos la base de un proyecto ejemplar para el conocimiento y cultivo de lo que ya se perfilaba como el “inglés americano”, un sistema generador de su propia norma, de sus propios modelos de codificación y con el cual los hablantes podían ya relacionarse con sus propias actitudes, con su propia identidad de hablantes norteamericanos. De acuerdo con esto, Webster incorpora el hecho mismo de tener un idioma no tanto como una continuidad histórica, como la aportación de un tesoro cultural, sino más bien en términos prácticos, como un considerar la lengua sobre todo en su dimensión de instrumentalidad, en este caso un instrumento eficiente y poderoso que conviene mantener en buen estado de funcionamiento. Esto nos muestra que poseer una lengua es mucho más que haber incorporado un sistema de sonidos, una gramática y un vocabulario; poseer una lengua es estar inserto en una determinada forma de cultura. Una consecuencia importante de este hecho es que la forma cómo una comunidad toma posición frente a su lengua va a determinar su actitud de conciencia de las normas de acuerdo a las cuales los hablantes van a ir modelando su comportamiento comunicativo. Así, la trascendencia de Noah Webster consiste en haber objetivado para sus compatriotas una ejemplaridad lingüística nueva, que provenía menos de la actividad creadora de poetas y

literatos que del quehacer de científicos y de técnicos. En otras palabras, los modelos de uso, de "bien hablar y escribir", basados hasta entonces en la literatura tradicional británica, se reemplazan por modelos de uso basados en la expresión de la actividad tecnológica. Ello le permitió a Webster liberarse en gran medida de ese pasado literario de la lengua (con Shakespeare a la cabeza) que, si bien era rico y sólido, siempre se le antojó demasiado británico, demasiado transido de alusiones culturales que se le presentaban como ajenas. Prefirió atenerse a lo que ya se perfilaba como la actividad cultural más pujantemente norteamericana: la capacidad de enfrentarse a la naturaleza, al mundo físico circundante, con un desparpajo creativo y manipulador. (Por cierto que ni Noah Webster ni el desarrollo del inglés norteamericano se han manifestado como exclusivamente orientados a lo tecnológico con ausencia de inquietudes puramente literarias; se trata sólo de una tendencia característica, del extremo más visible de un complejo continuum cultural).

Noah Webster murió en 1843; el mismo año en que don Andrés Bello leía en Santiago de Chile, ante sus nuevos compatriotas, un discurso con que inauguraba la Universidad de Chile y en el que presentaba sus puntos de vista sobre el desarrollo político, cultural y lingüístico de una nación que luchaba por definir una fisonomía propia. Es, pues, algo más que el capricho de desenterrar "vidas paralelas" lo que me ha impulsado a presentar juntos a Andrés Bello y a Noah Webster. Andrés Bello representa para los americanos hispanohablantes lo que Noah Webster para los americanos anglohablantes: la pujanza del pionero y la solidez del maestro en la búsqueda de una voz propia y reconocible y auténtica en el ir haciendo el idioma común. Se puede decir con seguridad que Andrés Bello representa la toma de posesión consciente de sí misma del idioma castellano por parte de los hispanoamericanos cultos como el instrumento legítimo de comunicación entre sí y con el resto de las naciones. Oigámoslo a él mismo definir sus términos en su famosa *Gramática de la Lengua Castellana*:

No tengo la pretensión de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano-América. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes. Pero no es un purismo supersticioso el que me atrevo a recomendarles. El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual y las revoluciones

políticas, piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas. (O.C.V., p. 11).

Hay, en realidad, mucho en común entre Andrés Bello y su lejano colega del norte. Más que la actitud inaugural. Ambos comparten la convicción de que las lenguas son sistemas de comportamiento cultural que poseen su forma específica de desarrollo, y la certeza de que este desarrollo puede ser objeto de manipulación. Dicho de otro modo: el desarrollo lingüístico se puede planificar, y en determinadas circunstancias históricas es incluso conveniente intervenir, someter a cierto control los patrones comunicativos de una comunidad hablante. Esto se logra con la descripción adecuada de lengua en su fonología, en su gramática y en su léxico; con la proposición explícita de una ejemplaridad para el uso concorde con la hechura cultural de los hablantes; y con la incorporación del mayor número posible de hablantes a la forma lingüística muy codificada —estandarizada es el término técnico— que de todo esto resulta. Noah Webster y Andrés Bello hicieron sistemáticamente suyo el programa que acabo de esbozar. Organizaron y expusieron el sistema de sus respectivas lenguas en libros donde vertieron lo mejor de su inteligencia y de la ciencia de su tiempo, propusieron modelos de uso muy claros a sus contemporáneos, y se preocuparon hondamente por extender a toda la comunidad los beneficios de un sistema de comunicación refinado apto para el intercambio cultural más rico. Esto asegura la efectiva vigencia general del idioma, al liberarlo de la tutela de una clase privilegiada o de un claustro de iniciados y ponerlo efectivamente a disposición de todos en forma impersonal y abierta, pero culturalmente asentada. (Digamos aquí que el silabario de Noah Webster fue durante más de dos generaciones libro de cabecera para los norteamericanos —se llegaron a vender más de cien millones de ejemplares entre ediciones piratas y legítimas—, y que las *Advertencias sobre el uso de la lengua castellana dirigidas a los padres de familia, profesores de colegios y maestros de escuela* (1833-1834) de Andrés Bello removieron efectivamente la calma colonial del Chile de entonces, y que sus obras gramaticales elementales, no por menos conocidas, fueron menos eficaces en la educación de las primeras generaciones de chilenos como chilenos). Pero hay que decir también que las diferencias entre Noah Webster y Andrés Bello son muchas y son muy hondas y se deben tanto a las distintas personalidades de ambos hombres como a las distintas condiciones en que les tocó actuar. Esto tuvo profunda influencia en el modo como cada uno enfrentó el problema de la cultura y de la lengua. En primer lugar, Noah Webster, perteneciente a la primera generación de americanos independientes, tuvo, como sus líderes políticos

contemporáneos, siempre claro que las colonias emancipadas de Inglaterra iban a ser estados *unidos*, una real unidad en la diversidad —e pluribus unum— y que como uno solo enfrentarían su nueva identidad nacional. Los estados de América, “antes española”, como se decía entonces, enfrentaron su vida nacional de muy distinto modo: desmembrados y aún plagados de mutuos rencores, reticencias y desencuentros. Esto hizo que los símbolos de unidad se presentaran a los líderes de mayor visión como más importantes que los símbolos de diversidad cultural. Así nos hallamos con que Andrés Bello hizo suyo, en el terreno cultural, el sueño americanista de Simón Bolívar (A. Salas). Esto significó, en el terreno propiamente lingüístico, que la noción de idioma compartido fuera desde el principio importante para él, lo que le daba una dimensión mucho más compleja a la necesidad también apremiante de darse una fisonomía lingüística española. Así, Andrés Bello, como Noah Webster, mostró a veces un cierto recelo frente a la lengua española en cuanto española, y llegó a desacreditarla.

Así escribía en 1841:

Los españoles abandonaron la sencilla y expresiva naturalidad de su más antigua poesía, para tomar en casi todas las composiciones no jocosas un aire de majestad que huye de rozarse con las frases idiomáticas y familiares.

(O.C. V, p. 469)

Pero no se debe creer que Bello, como Webster, quiso renegar del pasado para afirmar un presente asumido con nueva identidad. Como bien señala Amado Alonso, no se halla “por ninguna página de Bello la prédica de una independencia idiomática que viniera a completar la política” (1951, p. XVI), cosa que sí se dio a tiempo entre intelectuales argentinos y brasileños. Al contrario. Bello era consciente de que sólo el arraigo del idioma en una tradición común podría asegurar la necesaria unidad hispanoamericana. Y aquí radica uno de los aspectos más cruciales de la trascendencia de la obra de Andrés Bello: en nombre de la unidad cultural de pueblos que se habían dado destinos políticos divergentes, se acudía a la tradición idiomática como núcleo unificador. El desafío consistía ahora en adueñarse creativamente, afirmativamente, de esa tradición, de la lengua en que esa tradición había cuajado. Bello se propuso, entonces, legitimar para América la raíz histórica de la lengua castellana, hacer ver a España y a América que ambas eran vertientes igualmente claras pero distintas del mismo manantial (y de ahí la imputación de que fuera a veces España la infiel a la limpia raíz

primitiva). Cuando las cosas se entienden dentro de este marco de referencia, la vida y la obra de Andrés Bello se nos presentan con asombrosa coherencia interna. Así, entendemos que Bello prefiriera llamarle *castellana* y no *española* a la lengua común, insistiendo en aludir al origen y no a los cauces diversos del presente, y también entendemos que se refiera, según los casos, a “el estudio de la lengua patria” (O.C. V, p. 457), a “el estudio de la lengua nativa” (O.C. V, p. 465), a “la gramática nacional” (O.C. V, p. 459, y O.C. VI, p. 11), haciendo así cada vez actos de posesión, de toma de conciencia de un idioma cabalmente internalizado como propio. Ahora también, podemos entender la posición de Andrés Bello frente al asunto básico de la ejemplaridad lingüística: así como Noah Webster halló una forma de identidad en la proposición de modelos de uso no literarios, sino tecnológicos, que mejor cuadraban a la originalidad cultural norteamericana y a una situación lingüística bipolar, Andrés Bello halló precisamente en la ejemplaridad de la actividad literaria los modelos de uso básicos para asegurar, al mismo tiempo, la originalidad y la cohesión cultural de Hispanoamérica, en el convencimiento de que la literatura era “el capitel corintio de la sociedad culta” (O.C. V, p. 316). Por eso Bello trabajó tan duramente como hispanoamericano en los primeros momentos grandes de la vieja literatura castellana, por eso gastó tantas horas en dilucidar los orígenes de la épica y en dar cuenta de la naturaleza y significación del *Poema de Mio Cid*, cuya real importancia fue el primer hispanohablante en aquilatar (cf. los trabajos de Luis Muñoz en *Atenea* y en este ciclo sobre la obra y trascendencia de Bello). Andrés Bello conquistó al Cid para nuestro pasado y pudo hacer que un siglo más tarde, la insolencia admirada de Vicente Huidobro fuera un acto culturalmente creador y no una pantomima poética. También conquistó *La Araucana*, poema de un español para España, para la literatura chilena, pues nos convenció de que:

debemos suponer que *La Araucana*, la Eneida de Chile, compuesta en Chile, es familiar a los chilenos, único hasta ahora de los pueblos modernos cuya fundación ha sido inmortalizada en un poema épico. (O.C. VI)

Gracias a Andrés Bello, un siglo más tarde Pablo Neruda podría hablar con hondo sentimiento de su *colega* don Alonso de Ercilla. Esta condición ejemplar de la lengua literaria “cernida a través del tiempo y del espacio” (A. Salas) asegura su efectiva funcionalidad normadora, y por eso está en la base misma de la idea que Bello tenía de la gramática como el arte de hablar una lengua “correctamente, esto es, conforme al buen uso, que es

el de la gente educada" (*Gramática*, O.C. IV, p. 15). Obviamente, la "gente educada" es la gente educada en lo más sólido de la tradición literaria, y por eso, nos insiste Bello,

se prefiere este uso porque es el más uniforme en las varias provincias y pueblos que hablan una misma lengua, i por lo tanto el que hace que más fácil i jeneralmente se entienda lo que se dice.
(id.).

En otras palabras: se prefiere el uso que asegura la unidad y el desarrollo cultivado de la lengua. Esto ha sido muy mal entendido y le valió a Bello serias disputas con sus contemporáneos y lamentable sordera cultural entre sus críticos posteriores. Se le acusó, por ejemplo, de purismo estéril, cosa que Bello, según hemos visto, estaba lejos de practicar o aconsejar. En su famoso discurso inaugural en la Universidad de Chile insistió en forma clarísima:

Yo no abogaré jamás por el purismo exajerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma; creo, por el contrario, que la multitud de ideas nuevas, que pasan diariamente del comercio literario a la circulación jeneral, exige voces nuevas que las representen.
(O.C. VIII, p. 314).

Pero al mismo tiempo,

se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad, i aun de la moda, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su juicio.
(id., p. 315).

La función de la ejemplaridad emanante de la actividad literaria es precisamente servir de marco de referencia para la conciencia de la más honda armazón del idioma. No se trata, pues, de aceptar una autoridad externa a la lengua, sino de hallarla en el actuar mismo de los hablantes más arraigados en las zonas de mayor tensión comunicativa, o sea, en la actividad creadora. Así ve Bello, por ejemplo, la supuesta autoridad de la Academia:

Nosotros nos contamos en el número de los que más aprecian los trabajos de la Academia Española; pero no somos de aquellos que

miran con una especie de veneración supersticiosa sus decisiones... como si tuviese alguna especie de soberanía sobre el idioma para mandarlo hablar i escribir de otro modo que como lo pida el buen uso o lo aconseje la recta razón.

(O.C. V, p. 418).

La Real Academia Española, en el momento en que se erige a sí misma como autoridad, se transforma ipso facto en "española" y por ende reñida con la vocación de unidad que tan sin condiciones desarrolló Bello (quien por cierto nunca manifestó gran simpatía hacia la Docta Corporación con asiento en Madrid, frialdad que fue gustosamente compartida). En el mismo artículo que se acaba de citar, Andrés Bello plantea con firmeza su posición teórica frente a la autoridad académica, con relación a la reforma ortográfica que él propugnaba. Su opinión ahorra todo comentario:

No somos intolerantes de las opiniones ajenas, por débiles que nos parezcan los fundamentos en que las vemos apoyadas; pero hai cierta clase de censores de las reformas ortográficas adoptadas por nuestra facultad de humanidades, que no critican porque hayan formado opinión alguna sobre esta materia, sino por la propensión demasiado común a desestimar lo nuestro, y por la antigua costumbre de recibir sin examen lo que tiene un prestijio de autoridad en cosas que están sujetas al dominio de la razón.

(p. 419).

Esta misma actitud la llevó Bello a otros órdenes de actividad cultural. En su conocido trabajo "sobre el modo de estudiar la historia" se lamenta de que:

es una especie de fatalidad la que subyuga a las naciones que empiezan a las que las han precedido. Grecia avasalló a Roma; Grecia i Roma, a los pueblos modernos de Europa, cuando en ésta se restauraron las luces; i nosotros somos ahora arrastrados más allá de lo justo por la influencia de Europa, a quien, al mismo tiempo que nos aprovechamos de sus luces, debiéramos imitar en la independencia del pensamiento.

(O.C. VII, p. 124).

Observemos que la capacidad de Bello para mirar las cosas en una perspectiva amplia es tal, que se da cuenta de que la identidad de las naciones

hispanoamericanas se debe definir no sólo en una toma de posición razonada frente a España, la antigua metrópoli, sino ante Europa, concebida como un todo cultural con claro centro de gravedad francés. Me parece relevante plantearse el origen de este aspecto del pensamiento de Bello: ¿de dónde procede esa voluntad de independencia de juicio, sobre todo en materia de lenguaje? Sin duda no procede de Francia ni de España, que habían optado por oficializar la ortodoxia de las academias. El origen de esta actitud hay que buscarlo en Inglaterra, en Londres, donde Andrés Bello vivió casi veinte años, en contacto con las personas o con las obras de los intelectuales de entonces, y se dejó marcar por el espíritu del empirismo de Stuart Mill, de Bentham, de Reid, y sobre todo de Dugald Steward (Velleman). Consideremos sólo un caso. Bello tenía en su biblioteca, entre otras cosas, un libro de George Campbell, *The Philosophy of Rethoric*. En este notable libro, Campbell establece una distinción fundamental entre lo que él llama “verbal critic”, el crítico del idioma, y el “gramarian”, el gramático. La función del crítico del idioma consiste en valorar las producciones lingüísticas de los demás y proponer los mejores modelos, establecer tipos de ejemplaridad. La misión del gramático consiste en dar cuenta científicamente de la estructura de la lengua según se usa en determinado momento histórico. El crítico juzga, el gramático describe. El crítico señala rumbos, el gramático expone hechos. Ambos, claro está, han de ser capaces de independencia de juicio. Campbell se definió a sí mismo como crítico. Bello fue consciente de que las circunstancias, y quizás la propia vocación, lo urgieron a hacerse crítico de sus contemporáneos, y gramático para sus contemporáneos y para las generaciones siguientes. A estas dos formas del actuar en la cultura del idioma Bello agregó una tercera dimensión: la de maestro, el que al criticar y al describir enseña. Supo asumir las tres funciones. Como gramático, a su llegada a Chile observó que aun los hablantes de las capas dominantes de la sociedad se atenían a una norma lingüística que pedía *haiga* en vez de *haya*; *copeo*, *agraceo*, *vaceo*, en vez de *copio*, *agracio*, *vacio*; *sentáte*, *sosegáte*, en vez de *siéntate*, *sosiegáte*; *cárculo*, *arbolera*, en vez de *cálculo*, *arboleda*; *sandiya*, *vidro* (ejemplos tomados de Amunátegui). Está claro que, como bien lo señala Oroz,

la causa de semejante estado de cosas consistía, sin duda, en que nosotros /los chilenos/ habíamos vivido y cultivado durante mucho tiempo preferentemente la tradición oral y nos habíamos desligado de la tradición literaria peninsular.

(*Atenea*, 1965, p. 137).

Como gramático también, Bello observó que la norma que informaba la actividad literaria tenía una estructura distinta y poseía una mayor generalidad, y optó por describir esa norma en su *Gramática*. Como crítico del idioma, propuso también esta norma como ejemplar a sus nuevos compatriotas, y como maestro, luchó por hacerla llegar a toda la comunidad a través de la cátedra, del libro y del periódico. Como crítico y como hispanoamericano se adueñó, según hemos visto, de esa tradición literaria. Hoy se ve que, en gran medida, Andrés Bello tuvo éxito en la misión que se fijó. La ejemplaridad literaria descrita tan bien por él comenzó a ser conocida —si no necesariamente seguida— por grupos importantes de miembros de la comunidad hablante. Bello abrió muchos campos hasta entonces intocados. Por ejemplo —y curiosamente pese a la opinión de muchos que lo hallaban retrógrado— consiguió que el Instituto Nacional abriera una cátedra de lengua y literatura catellanás —“idioma patrio” fue el nombre, por cierto— además de los cursos tradicionales de latín. Así,

el cultivo de nuestra lengua tendrá ahora en el primer establecimiento literario de la república todo el lugar que merece; i no se permitirá que pasen a las clases superiores los alumnos que no hayan aprendido a hablar i a escribir correctamente el castellano, ramo tan necesario a toda persona de regular educación, i tan indispensable en el ejercicio de los empleos políticos i profesiones literarias.

(Cit. en Amunátegui, p. 282).

Retomemos ahora el problema de la gran resistencia a Bello en ciertos sectores. ¿Por qué su labor despertó por momentos enconadas polémicas, sobre todo con la intelectualidad joven y liberal? No fue sólo, ciertamente, porque un José Victorino Lastarria o un Domingo Faustino Sarmiento tuvieran

a su favor la simpatía inherente a toda causa libertaria y el hermoso ímpetu de lo juvenil, de lo nuevo.

(Orrego Vicuña, p. 107).

Se trataba más bien de la manera de entender la identidad cultural y lingüística entre la intelectualidad hispanoamericana joven. Bello, sin duda,

representaba la acumulación potencial, la adaptación severa de la vieja cultura a moldes nuevos pero recios, con mejor experiencia del medio

y de la época, buscaba una sólida base que pudiera servir a la formación de una cultura chilena, naturalmente en las experiencias y en los progresos del saber occidental.

(ibíd, p. 101).

Andrés Bello representaba la unificación en la tradición. Los jóvenes polemistas “querían encontrar su base por sí mismos, subestimando los valores tradicionales” (ibíd). Los jóvenes polemistas representaban la unificación en el rechazo al pasado. En este sentido, Lastarria y Sarmiento parecían estar más cerca de la actitud del joven Noah Webster en su rechazo a la literatura considerada colonial:

Nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional. Hay una literatura que nos legó la España con su religión divina, con sus pesadas e indigestas leyes, con sus funestas y antisociales preocupaciones. Pero esa literatura no debe ser la nuestra, porque al cortar las cadenas enmohecidas que nos ligaran a la península, comenzó a tomar otro tinte muy diverso nuestra nacionalidad. (*Recuerdos literarios*, p. 100)

Sarmiento, por su parte, atacaba:

Es la perversidad de los estudios que se hacen, es el influjo de los *gramáticos* y el respeto a los *admirables modelos*, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar sus bellas disposiciones y aientos generosos.

(En Rec. Lit., p. 111).

Y así como Lastarria propiciaba una literatura puramente chilena, Sarmiento nos instaba:

Escribid con amor, con corazón lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea incorrecto; agradará al lector, aunque rabie Garcilaso.

(ibíd, pp. 111-112).

Consideremos todo esto en la perspectiva del desarrollo cultural y lingüístico de las Américas. En primer lugar, Noah Webster, Andrés Bello, José Victorino Lastarria y Domingo Faustino Sarmiento pertenecieron a la élite

intelectual de sus tiempos; todos amaban la lengua en que se comunicaban, pero algunos rechazaban aspectos de la cultura en que esas lenguas se habían encarnado. Noah Webster fue más lejos que todos al rechazar la ejemplaridad de la producción literaria engastada en la tradición y proponer una nueva ejemplaridad basada en la pujanza de una cultura tecnológica. Bello, Lastarria y Sarmiento admitían el liderazgo ejemplarizador de la literatura, pero Bello no quiso renegar de la tradición y se dio a apropiarse creativamente de ella; Lastarria y Sarmiento reaccionaron contra esa tradición para buscar voz propia. De aquí emanó el conflicto. Bello, sabio y lleno de experiencia, sabía muy bien que la cultura, la lengua, son formas del actuar humano y por tanto sujetas a patrones y, en último término, necesitadas de guías conforme a las cuales irse modelando como actuar válido. Sabía también que los modelos, para adquirir verdadera ejemplaridad, para poder centrar la identidad de una sociedad, necesitan ser históricamente arraigados y tener su funcionalidad codificada de modo explícito. Sarmiento y Lastarria se pusieron frente a un vacío cultural que generaba contradicción. El mero hecho de admirar a Larra o gustar de Bécquer se podía fácilmente presentar como traición a los propios principios, así como el excesivo entusiasmo con formas literarias extrañas, por ejemplo francesas, despertaba comprensibles recelos nacionalistas. Así, no es de sorprender que lleguemos a una situación en que Lastarria no hizo, ciertamente, literatura puramente chilena ni Sarmiento escribió como le daba la gana sino muy correctamente, a veces quizás demasiado. Ambos terminaron aunados, al igual que Bello, en la tradición hispánica común. La lección para nosotros, sus descendientes culturales, es valiosa. La conciencia del propio idioma es algo muy complejo y su consecución es lenta y laboriosa, pero inexcusable, porque está en la base misma de nuestra identidad como individuos y como sociedad. Nebrija y Fray Luis de León, entre otros, tuvieron que dar una larga lucha para asentar la legitimidad cultural del castellano frente al latín. Andrés Bello tuvo que dedicar una vida a afianzar la legitimidad de la versión americana del idioma frente a la versión peninsular. Nosotros los hispanoamericanos (y por cierto también los españoles) todavía seguimos dando forma a una identidad lingüística. Hemos aprendido mucho del pasado. Sabemos que la actividad metódica de estudiar la propia lengua se complementa con la capacidad creativa. Sabemos que es posible entender la "autoridad" lingüística como la capacidad de proponer modelos de uso válidos, de influir en la acción, en las opiniones, en las creencias, y en las actitudes de los hablantes y no como el poder, venido de alguna autoridad fantasmagórica, de hacer obedecer ciertas reglas no menos míticas.

Todavía queda camino por andar. Todavía, por ejemplo, se suele plantear el “problema” de la lengua en América en términos de la noción de trasplante cultural. Muchos críticos del idioma, y aun lingüistas entre nosotros, así lo hacen. Fieles, al espíritu de Bello, no hablemos de trasplante sino de continuidad. Imaginémonos nuestro idioma como una red de caminos distintos que se diversifican al comunicarse entre sí pero que a lo mejor conducen a una meta común.